

III CERTAMEN DE
CUENTOS DE NAVIDAD
EN FAMILIA



FAMILIAS NUMEROSAS
DE LA RIOJA

unir
LA UNIVERSIDAD
EN INTERNET







UNA IDEA... ¿EQUIVOCADA?

de Laura Fletes González

El Jurado ha valorado positivamente: “El cuento está bien escrito”; “muestra la importancia de valores navideños como la colaboración con los vecinos, la familia representada por las abuelitas, las tradiciones (...) ¡sigue así!”; “Cuento bien estructurado”

Sergio y Clara eran los padres de Marta, Jorge y Juan.

Como eran dos personas muy ocupadas, decidieron pasar estas Navidades de crucero.

Ellos pensaban que a sus hijos les iba a hacer mucha ilusión, pero estaban equivocados.

A los tres hermanos les gustaba pasar las Navidades en su casa, porque decoraban el barrio con sus vecinos y comían los dulces de las abuelitas.

Cuando los niños estaban haciendo las maletas comenzaron a ponerse tristes porque no iban a celebrar las Navidades con sus vecinos y abuelitas. También se empezaron a preocupar por los regalos que le habían pedido a Papá Noel, pensaban que no les iba a encontrar en el barco.

- ¡Chispas! Ya sé lo que voy a hacer para poder quedarnos... Tengo una gran idea – pensó Juan, el hermano mayor.

Toda la familia llegó al puerto y todos se quedaron alucinados de lo colosal que era el barco, tenía de todo, piscina con toboganes, muchísimas habitaciones y sobre todo una zona de juegos para los niños.

Pero... ¡De pronto Juan comenzó a chillar!

- ¡Mamá, papá, me he dejado la maleta en casa con todas mis cosas!

A sus padres no les dio tiempo de empezar a reñirle cuando Jorge, el más pequeño, comenzó a llorar porque se había dejado su muñequito “Osito”.

Sergio y Clara se dieron cuenta de que los niños querían pasar las Navidades en casa.

Cuando volvieron, todos los vecinos les estaban esperando para adornar su barrio con figuras y luces de colores, y por supuesto, comerse los ricos dulces navideños.

Por cierto, Papá Noel les dejó los regalos que habían pedido.





EL MILAGRO DE NAVIDAD

de Brandon Fletes González

El Jurado ha valorado positivamente: “Es un cuento muy tierno (...) que da mucha importancia a la generosidad y la imaginación”; “Es una preciosa historia, la felicidad más allá de lo material (...) Enhorabuena, no dejes de escribir cuentos”; “El lector ha hecho un pacto de lectura con el autor”.

Había una vez una familia que era muy pobre, los dos padres no tenían trabajo y acababan de perder su casa, a pesar de ello valoraban mucho lo poquito que tenían y siempre estaban ayudando a toda la gente que lo necesitaba. Vivían en un centro de acogida en un barrio de New York.

La madre se llamaba Beatriz y se pasaba todo el día cantando muy alegre, el padre se llamaba Luis y trataba a todas las horas hacer reír a sus cuatro hijos. Los niños eran muy felices con lo que tenían.

La hija mayor era Lola, tenía once años y era una niña muy creativa; el hermano mediano, Pablo, era discapacitado y siempre tenía una sonrisa en su cara; y los pequeños de la familia, Jorge e Iván, eran gemelos y muy, muy traviesos.

Era la noche del veinticuatro de Diciembre y Pablo estaba muy contento porque la Navidad era su fiesta favorita, ¡incluso más que su cumpleaños!, Lola pensaba en la caja de manualidades que había pedido como regalo este año, mientras que los gemelos estaban revolucionados porque querían pillar a Papá Noel con las manos en la masa...

Como no tenían muchos recursos, los niños hacían su particular árbol de Navidad con unos cartones que su padre les había traído, los recortaban, pintaban y decoraban haciendo la forma del abeto navideño... También hacían las figuras del Belén de la misma manera. Lola dibujaba y recortaba las figuras, los pequeños las pintaban con sus

colores favoritos y Pablo se encargaba de las dos estrellas, una para el árbol y la otra para el Belén, las pintaba de varios colores, naranja por el borde para que resaltara la figura, amarillo para darle el brillo y dorada para la estela.

Esa noche, Pablo apenas podía dormir de la ilusión que le hacía celebrar la Navidad un año más, aunque a él también le gustaban los regalos, lo más importante era poder estar con toda su familia cantando villancicos y disfrutando de la fiesta. Aunque para los gemelos, lo más importante ese año era pillar a Papá Noel con sus regalos.

Beatriz y Luis estaban preocupados porque al haber perdido su casa no sabían si este año Papá Noel iba a encontrarles para poder entregarles los regalos a sus hijos; sin embargo, no perdían la ilusión ni la esperanza porque las Navidades son mágicas.

A la una de la madrugada, un fuerte ruido los despertó, se trataba de un hombre que había tenido un accidente con su coche en la calle.

Luis no dudó en bajar corriendo a socorrerle y después de que los enfermeros de la ambulancia lo chequeasen y viesen que estaba bien, lo llevó a su casa gastando lo poco que le quedaba de gasolina para la vuelta.

A la mañana siguiente... ¡era Navidad!. Los niños bajaron corriendo a su árbol en busca de sus regalos, pero todo estaba vacío.

Sus padres trataron de consolarlos diciéndoles que con el cambio de hogar seguramente Papá Noel no les encontró.

De pronto, alguien llamó a la puerta y Beatriz salió a abrir, todas las personas del barrio traían regalos para la familia... Vaya, vaya, parece que Papá Noel no tenía muy claro dónde encontrarles y dejó por todo el vecindario los paquetes.

Al cabo de un rato, apareció el señor que había tenido el accidente la noche anterior. Estaba muy agradecido con Luis por su ayuda y, para sorpresa de toda la familia, le ofreció un trabajo en su empresa.

Todos pensaron que esas eran las mejores Navidades que habían tenido nunca.



EL CAMELLO ESPECIAL

de Alejandro Nájera Fernández

El Jurado ha valorado positivamente: “Es un cuento muy imaginativo y bien contado que introduce valores”; “Perseverancia, ilusión, ánimo, perdón, alegría... ¡Cuántas cosas para reflexionar nos has regalado en tu cuento! Es maravilloso”; “Relato con imaginación”

Érase una vez un pequeño camello, llamado Juan, que tenía siete hermanos, llamados David, José, Ángel, Santiago, Ignacio, María y Paula. El sueño de este camello era trabajar algún día para los Reyes Magos, en especial para Baltasar, pero su familia le decía una y otra vez que los Reyes Magos sólo se fijaban en camellos muy especiales; en cambio, José le decía que él lo conseguiría porque era muy especial. Juan, impulsado por los ánimos de José, nunca se rindió: entrenó y entrenó y en todas sus cartas a los Reyes ponía siempre lo mismo:

“Queridos Reyes Magos:

Me gustaría mucho que como regalo me dejaseis ayudaros el Día de Reyes, llevando a Baltasar y todos los regalos que tuviese que repartir él, porque según tengo entendido, el camello que lo llevaba ha decidido jubilarse, pero si no podéis concederme este regalo, lo entenderé porque seguro que no soy el único camello que os ha escrito pidiendo ser vuestro camello.

Posdata: Para mis hermanos, haced que no nos peleemos más.

Adiós.”

Pasaron las semanas, ya sólo quedaban tres días para el Día de Reyes y Juan estaba en casa de su abuela Cristina, muy triste, porque los Reyes no le habían escrito, así que seguramente ya no podría cumplir su sueño ese año.

Cuando estaba volviendo a casa, se encontró con Julián (su vecino),

que le dijo:

-Le ha llegado una carta, señor Juan.

Emocionado, Juan echó a correr a su casa. Cuando llegó, abrió el buzón, donde efectivamente había una carta. Juan la abrió rápidamente y vio decepcionado que la carta no era de los Reyes Magos, sino que la carta contenía las facturas mensuales.

Al verlo José tan triste, le dijo:

-No te desanimes, verás cómo lo consigues.

-Gracias.

Al día siguiente, bajó de casa para ir a Misa, no sin antes volverá mirar el buzón. Observó decepcionado cómo seguía sin haber nada.

Al volver de Misa, vio a un señor disfrazado de Baltasar en la calle, justo al lado de su portal, que le paró y le preguntó:

-¿Eres Juan?

A lo que éste respondió:

-Sí, y usted ¿quién es?

-El rey Baltasar, y tú eres mi nuevo camello.

Juan, emocionado, se puso a dar saltos de alegría, pero se dio cuenta de un detalle muy importante:

-Queda muy poco tiempo para el Día de Reyes, no me dará tiempo a entrenarme lo suficiente.

-No te daría tiempo si no fueses un camello especial, y también has estado toda la vida entrenándote.

A lo que Juan respondió:

-¿Cuándo empezamos?

-Hoy, cuando llegemos a Oriente. Con tu velocidad, en una hora y media.

-Pero está a cuatro mil quinientos kilómetros, no nos dará tiempo.

-Te recuerdo que eres un camello especial.

Dicho esto, Baltasar montó a Juan, y tal y como había dicho Bal-

tasar, en una hora y media llegaron a Oriente. Allí, Juan conoció a Melchor y Gaspar, a sus ayudantes y por supuesto a los camellos de Melchor y Gaspar. Después, tuvo una visita guiada por todo el castillo de los Reyes Magos y también visitó la fábrica de regalos. Finalmente, cenaron después de bendecir y se fueron a dormir.

Al día siguiente, se levantaron a las siete y media, se vistieron, ducharon y desayunaron.

Entrenaron toda la mañana, después de comer hicieron todos los preparativos finales, y a las diez y media de la noche estaban preparados para salir. El sueño de Juan se hizo realidad: siguieron este orden: América, Asia, África, Oceanía y finalmente, el continente de Melchor y Juan, Europa.

Juan estaba emocionado, podía galopar a tres mil quinientos cincuenta y siete kilómetros por hora. En el barrio de Juan, primero fueron a casa de Julián y le dejaron un reloj, luego a casa de su abuela Cristina y le dejaron un vestido azul, y por último a casa de su familia y Baltasar, a escondidas le dejó a la madre de Juan un nota en la que ponía:

-HASTA LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD.

Cuando llegaron a Oriente, Juan se despidió de los Reyes Magos con un abrazo, y al regresar a casa, vio a Julián con su reloj nuevo, a su abuela con su vestido, y cuando vio a José le dijo:

-Tenías razón.

-Gracias.

Después, fue a ver a su madre y le dijo:

-Lo conseguí.

Ella le dijo:

-Siento haber dudado de ti.

-No pasa nada, mamá, porque yo tampoco me lo creo todavía.



ACCIDENTADAS NAVIDADES

de Marta Caño Montejo

El Jurado ha valorado positivamente: “El cuento plantea cuestiones navideñas importantes, como la familia (los que están y lo que no) (...) sobre todo el redescubrir que lo importante de la Navidad es Jesús”; “Excelente cuento, la forma, la estructura, secuenciación de la historia”; “la historia es maravillosa”

¡Hola! Me llamo Ito, soy un búho de color gris que vive bajo el tejado de la Iglesia de Rivafonvera, un pueblo pequeño y bonito – o a mí me lo parece – ubicado a las faldas de los montes Obarenes, en La Rioja.

Conozco a toooooodas las familias del lugar. Muchas de ellas son numerosas, pero me confieso forofó de la familia que forman Juan, Mariela y sus tres hijos: Patricia, Teodoro y Mónica. ¡Son la pera!

Este último año había sido difícil para ellos: la abuela Josefa se había puesto muy malita y los médicos no consiguieron entender lo que le pasaba hasta que fue demasiado tarde para curarla. A resultas de aquello, murió.

En casa tuvieron que hacer más cambios de lo que habían imaginado, aunque no tantos como cabría esperar, pues el abuelo Felipe, viudo de la abuela Josefa, no quiso ir a vivir a casa de Mariela y su marido, con sus tres nietos; decía que, de momento, prefería su casa y su salón. Así que los cambios previstos en la distribución de las habitaciones de la casa se quedaron en stand by para satisfacción de los niños, a quienes no gustaba mucho la idea de cambiar de cuarto.

¡Cuánto llena una abuela! ¡Cuanto bien hace y cuanto se la echa de menos el día que falta! A pesar de que nadie en casa de Mariela y Juan lo dice, cada uno añora algo distinto de la abuela Josefa: Teodoro echa mucho de menos sus patatas fritas, un poco desechas; Patricia ya no la tiene consigo para desahogarse cuando discute con su madre, así que le cuesta un poco más digerir, relativizar y olvidar sus enfados; Mónica extraña la paga extra de los domingos; y Mariela y Juan sienten que, sin la abuela, ya no es tan

fácil reunir a la familia en torno a una mesa.

Pese a ello, viven con alegría porque, además de tener buenos amigos y algunos problemas importantes, son muy amigos de mi Señor.

¿Sabéis quien es “mi Señor”? Es Jesús, el Creador del mundo, también de los búhos como yo; el Dios del universo, el Padre de todos; el que se hizo hombre en las primeras Navidades de la historia; el que ama a todas las criaturas, especialmente y de un modo incomprensible para un animal nocturno como yo, a los niños y a sus papás. ¡Ala! Ahora que lo pienso... Me pregunto cómo lo hará para querer tanto y a tantos porque, ¿sabías que todos somos hijos o padres de alguien?

En fin, como os decía, para Patricia, Teodoro, Mónica y sus papás fue triste aceptar que no verían a Josefina todos los domingos en misa y en la comida, sin embargo, como en su casa todos son cristianos, viven su ausencia como si hubiera hecho un viaje de placer a un hermoso lugar donde, sólo de momento, no pueden acompañarla. Sabían que estaba mejor que bien: cerca de Jesús, mi Señor, en el cielo, conociendo el verdadero rostro de María, a quien muchos días le dedicaba el Rosario imaginándose cómo sería la Señora. Cerca de la familia que, poco a poco, con el paso de los años, había ido marchando al mismo lugar.

Yo suelo llevar una vida tranquila en mi nido, acurrucado entre la paja que he ido metiendo en un hueco de la madera del tejado de la iglesia del pueblo, pero me gusta mirar cómo se desenvuelve la vida de esta familia desde la torre, o cuando sobrevuelo los cielos de Rivafonvera, o cuando me poso en el tejado de la casa de al lado. Su actitud serena despierta mi curiosidad.

La serenidad es importante, sin ella, no se pueden hacer bien, bien, lo que se dice bien, las cosas; menos aún criar a tres hijos. ¡A Dios gracias que yo soy búho! No puedo imaginar una vida tan estresante como la que llevan muchas personas.

Mariela y Juan son especiales. Ella tiene escrita una frase en la contraportada de un libro que suele repetir por lo bajo para superar los momentos de especial dificultad, aferrándose a sus sueños y a su Esperanza, lo mismo cuando los hijos desobedecen y se meten en problemas, que cuando las adversidades arrecian: “No dejes de soñar ni de rezar. Los sueños

conducen al éxito porque, en el afán por cumplirlos, las personas salen por la puerta; y si no pueden salir por la puerta, lo hacen por la ventana; y si tampoco, por el tejado; pero salen y luchan y consiguen lo que sueñan, sobre todo si cuentan con la complicada de Dios”. Por su parte, Juan tiene una capacidad extraordinaria de mantener centrada su atención, incluso en medio de la dificultad, en aquello que para él es prioritario.

Aunque les extrañe a muchos, esta familia sueña con el cielo, el lugar donde vive mi Señor, el lugar al que podría parecerse la tierra si todos los hombres de buena voluntad se dejaran de mezquindades y cobardías. Y justo eso es lo que celebran en Navidad: el sueño de un mundo mejor, donde el amor, la cortesía, la paciencia, la compasión, el perdón y el coraje para hacer el bien dominen sobre el resto de sentimientos y actitudes.

Han puesto luces en el árbol, han decorado la casa y montado un Belén. ¡Por cierto! ¡Las ovejas y las cabras del pastorcillo se mueven casi a diario por obra de Mónica! También han acudido a la parroquia y han procurado preparar su corazón para recibir a Jesús en sus casas, de modo que se sienta contento y protegido el día de su llegada.

Normalmente, la gente le pide muchas cosas a mi Señor, y es normal, ellos son sus hijos, y los hijos piden lo que necesitan a sus padres, sobre todo cuando son pequeños. Pero en esta familia se esfuerzan por “cuidar” del Niño Jesús... Es como si hubieran entendido que también son un poco adultos, que tienen algunas responsabilidades y que, en la medida de sus posibilidades, deben esforzarse por procurar que esté cómodo y contento. ¡Bueno! Cómodo, menos cuando se ponen a cantar villancicos a pleno pulmón, pasada la media noche, con ruidosas panderetas y matasuegras. ¡Qué horror! ¡Cuánto ruido hacen!

Verlos así de contentos, celebrando la venida de Jesús, es un poco raro para un búho como yo, pues, venir, lo que se dice venir, ningún año veo venir a mi Señor hasta la casa de Juan y Mariela. No le veo entrar por la puerta de noche (y me las paso ojeando la casa). No le veo llegar de día (los que consigo estar despierto). Pero de una forma casi palpable, aunque invisible o mística, noto su visita: hay más alegría, más cariño en el ambiente, más esfuerzo por pasar tiempo juntos, charlando o jugando, más empeño en agasajar a los que quieren o tienen cerca... ¡más ternura en el aire!

Antes os dije que Mariela, Juan y sus hijos viven en el pueblo, pero, en realidad, esa es una verdad con matices: ellos viven en el pueblo durante las vacaciones, sobre todo en Navidad y verano. Desde que falta Josefa suben menos, en consecuencia, las chicas y Teodoro no tienen la oportunidad de pasar tanto tiempo con la cuadrilla de Rivafonvera como antes.

Resulta que todos los niños acuden al pueblo cuando sus padres tienen vacaciones; mientras Patricia, Teo y Mónica subían todo el verano, desde junio, siempre coincidían con unos u otros en distintas quincenas, pero desde que faltaba la abuela y sólo suben en agosto, se pierden a una parte de los amigos. ¡Qué fastidio!

Un sábado de primeros de diciembre subieron a por el árbol de Navidad que Juan y Mariela guardan en el desván del pueblo. El de la ciudad es muy pequeño y “no caben trastos inservibles” – dice Mariela -, “sólo las bicis, los adornos de Navidad, algo de comida enlatada y la ropa de la temporada anterior que podrá servirnos en la siguiente”. Son sus palabras cada vez que los niños le piden las llaves para dejar algo nuevo en el trastero.

¡A los pájaros no nos parece mal que los niños dejen cosas en el desván! En realidad, cada cosa o trazo abandonados en un altillo son huequecitos para anidar cuando logramos colarnos dentro de las casas en las noches más frías. Pero, en fin, ¡hay que obedecer las normas de casa que ponen los papás!

Extrañamente, aquel día no hacía ni gota de frío, así que la familia decidió quedarse en Rivafonvera hasta el domingo. Teo cogió su bici y se marchó a dar una vuelta. Pedaleando distraído, llegó al final de un camino de tierra que termina a los pies de la montaña y pensó: “¿por qué no subo hasta esa cumbre y oteo el paisaje? Total, no tengo nada mejor que hacer, no me siento cansado y no tendría que andar demasiado”.

Quince minutos más tarde ya estaba en la cima, pero los arbustos del bosque no le dejaban ver el paisaje completo de la llanura. Miró alrededor y descubrió una roca de metro y medio o dos metros. Se dijo: “Me subiré a ver si desde ahí tengo mejor panorámica”. Subió y efectivamente veía mejor, pero una encina tapaba parcialmente la vista de las colmenas que habían instalado en una finca, de modo que se puso de puntillas mientras se apoyaba en una rama que ¡se cascó!

Cayó al suelo y, de la forma más estúpida, se rompió un brazo. ¡Buaaa! ¡Cómo le dolía! Yo le veía mientras planeaba desde el cielo y no sabía si marchar a buscar ayuda o quedarme sobrevolando a vigilar.

Aunque Teo estaba solo y no tenía mucho sentido llorar porque nadie le escuchaba, no podía dejar de hacerlo, ni de emitir lastimeros quejidos de dolor. Se tocaba el brazo izquierdo como si algo le quemara, sin tocar mucho porque igual le dolía más.

Después del obligado rato de autocompasión y lloriqueos, como pudo, se puso en marcha. No tenía sentido quedarme gimoteando y solo en el monte. El rato que tardó en regresar hasta el lugar donde había dejado la bici se me hizo eterno. Pensé que no llegaba y que me tocaría avisar en su casa, pero ¿cómo puede un búho hacerse entender con facilidad por las personas?

Teo solía discutir con sus hermanas casi a diario, sin embargo, en aquel momento oía sus pensamientos y se decía a sí mismo que nadie le ayudaría mejor que ellas: Patricia, la mayor, seguro que mandaría a Mónica a dar aviso en la casa de sus padres; la polvorilla de Mónica correría hasta quedarse sin aliento para dar el mensaje y, mientras, Patricia le ayudaría. Mariela o Juan llegarían con el coche en un abrir y cerrar de ojos, le abrazarían con cuidado y le llevarían al hospital.

Fue entonces cuando le escuché prometer – sin demasiada convicción – que no volvería a desear perder de vista a sus hermanas. Y reconoció – en esto sí le doy la razón – que, si bien pueden ser muy pesadas, eran sus mejores amigas.

Como pudo, inicio el descenso a su casa. Se agachó a recoger la bicicleta con el brazo sano pero, en cuanto notó el latigazo de dolor en el otro, el herido, abandonó la idea.

A medio camino de la casa, su madre le vio desde la ventana mientras sacudía una alfombra y salió corriendo a su encuentro. Enseguida le montó en el coche con mucho cuidado, mandó a Patricia y a Mónica a recoger la bici, dejó aviso a Juan de que se iban al hospital y partieron hacia Urgencias.

Yo busqué una corriente de aire que me permitiera volver a la torre de la Iglesia y, posado en el eje de una de las campanas, esperé y esperé a ver cómo evolucionaban las cosas.

Ocho horas más tarde – ya era de noche – volvieron del hospital. Me desesperé al escuchar los gritos de Mónica, que vio llegar el coche de sus padres y subía corriendo detrás de él, alborotada. Sabía que su hermano iba dentro y quería ser la primera en ver si había escayola o no, y cómo era.

Al posarme en la chimenea de la casa, pude seguir la conversación que se desarrollaba en la cocina: Mariela contaba que Teo sufría mucho, pero que nadie le atendía en Urgencias porque los médicos llevaban mucho retraso. Ella iba y venía a la ventanilla de admisión sin conseguir respuesta a sus peticiones. Desesperada por ver sufrir así a su hijo, le dijo a una enfermera:

- Por favor, señora, mi hijo puede tener un brazo roto y le duele muchísimo. Llevamos aquí más de dos horas y no nos atienden, busque a un médico para que le coloque el brazo y luego esperamos el tiempo que haga falta, antes de vendarlo.

La enfermera se excusó diciendo que no podía hacer nada, pero al ver la tristeza de Mariela, se detuvo y le dijo: “veré qué puedo hacer”.

Entre tanto, Mariela procuraba hacerle a Teo la espera más ligera, contándole cómo en Belén, cuando llegaron María y José, y la Virgen se puso de parto, tampoco encontraban sitio para descansar y prepararse a recibir el nacimiento de mi Señor Jesús. ¡Los dolores del parto también eran muy fuertes!

Al final, un alma generosa, como la de aquella enfermera, les ofreció un lugar caliente y seco. No era una habitación, pero se trataba de un cobertizo donde acababan de dejar paja limpia por si hacía falta guarecer a algún animal de algún invitado; estaba libre y limpio.

Distraído con la narración de su madre, Teo se olvidó un poco de su dolor. Le pareció que era una buena estrategia y decidió centrarse en la historia, sumergiéndose en ella como un personaje más. Así distraía su mente del agudo dolor del brazo.

Se imaginó que él era el buey. El animal estaba dentro del cobertizo, pero a parte de la habitación donde se instalaron mi Señor (aún sin nacer) y sus Padres. Teo, a través del animal, lo veía todo, lo escuchaba todo, pero nadie le prestaba atención porque era un buey tonto y gordo. ¡Buena estrategia para expiar sin llamar la atención!

Siguiendo con los ojos cerrados la historia que contaba su madre, Teo veía en su imaginación cómo José ayudaba a María a bajar del burro con delicadeza; cómo la acomodaba en el suelo, junto a la pared, y descargaba al pollino; cómo le ponía una alforja en la espalda envuelta en piel de cordero, para que María estuviera cómoda; y cómo, sin demostrar prisa, pero sin parar, arregló aquel espacio: colocó su borrico junto a Teo, digo, junto al buey, para que no pasara frío y, de paso, para que contribuyeran a calentar el corralillo. Hizo una pequeña y segura hoguera, cocinó algo caliente.

María estaba muy calladita, con los ojos cerrados, como Teo, concentrada para soportar el dolor de las contracciones. José le acariciaba la frente y le preguntaba una y otra vez: “¿Qué puedo hacer María, ¿qué necesitas?” Finalmente nació Jesús.

Después del apuro inicial, todo fue felicidad. Aquel Niño se parecía sospechosamente al único bebé que Teo había conocido, su hermana Mónica, así que apartó aquella imagen de su cabeza y siguió dibujando el resto de la escena.

Veía al Niño muy tapadito, sólo le asomaban, un poco, su carita y sus manos. María no dejaba de mirarle; José le pidió que se lo dejara un poco y le abrazó con suavidad, no sin darle muchos besos antes y después. Al cabo de un rato, todos intentaron dormir un poco.

Aunque el dolor de Teo seguía presente ya no era tan absoluto y, ¡por fin!, les hicieron pasar a la camilla de un pasillo del hospital. Con ella, más tarde, le condujeron a la sala de rayos, luego a una consulta que parecía el taller de un albañil - escayolista y, mucho más tarde, acompañados de la enfermera amable, que llevaba a Teo en una silla de ruedas, llegaron al coche de Mariela que condujo hasta casa.

“¡Qué coincidencia!” - pensé yo al escuchar el relato de los acontecimientos - “¿Será que la historia de mi Señor se repite en los niños del mundo que necesitan ayuda o protección? Uhmmm... ¡Habrá que estar más atento a los niños! Ayudarles será una bonita forma de ayudar a mi Señor y devolverle todo el amor que nos tiene.

Una vez sentado en el salón de casa, las hermanas de Teo y su padre estaban pendientes de él. Por su parte, Teo estaba tan reflexivo como yo, pensando en que la dichosa fractura le había permitido comprender mejor

cómo pudo ser aquella primera noche de Navidad en Belén. La experiencia vivida, y los pensamientos que le rondaron una vez acostado, marcaron su vida: aquel año se mostró bastante más atento durante los días Adviento que faltaban hasta Navidad, incluido los del Triduo, al que acudió sin protestar.

Desde luego, seguía siendo más trasto y comodón que rezador pero, cuando rezaba al Niño Dios, se establecía entre ellos un diálogo más real, más autentico, más de amigos, como si le viera y le escuchara o le tocara realmente.

¡Este búho es ya muy viejo y algo sabe de la vida! Sospecho que mi Señor Jesús, aquellas Navidades, se ganó el corazón de Teo para siempre, y que tenga la vida que tenga Teo, mientras no deje de tratar a Jesús como el amigo que es, siempre será un hombre alegre, sereno, sabio y bueno.



